

ÁNGEL DAVID REVILLA

EL LIBRO NEGRO

DEEP WEB
Y HORROR CÓSMICO

m̄r

Para Ángela y Marcelo.



Las sombras de abajo

La vida es injusta, o así dicen a menudo las divas del drama. Porque el viernes no podemos comer lo que queremos, porque nos encontramos con tráfico en la autopista o porque a Dios no le dio la puñetera gana de que el Messenger funcionara un domingo por la noche. Razones hay muchas.

La gente se queja de la vida como si de un deporte se tratara, por eso es que soy partidario de mandarlos a todos a los hospitales, pero no a fuerza de patadas por los riñones (dan ganas, Jesús sabe que a veces dan ganas), sino para que echen un vistazo a la zona de pediatría, ahí, donde están los niños con cáncer.

Eso, a la mayoría de los mamones les da algo en qué pensar, les enseña a estar agradecidos. Incluso a aquellos que desfilan y tienen la desfachatez de disfrutar sus falsas enfermedades mentales.

Jodido no es conseguir entradas para ir a ver al artista genérico que se graduó en un insufrible programa de televisión, jodido es que tengas un accidente y que te tengan que amputar una pata.

La vida puede ser una verdadera mierda para algunos, aunque no para la mayoría de las personas. Sin embargo, por lo menos un par de veces, a lo largo y ancho de esa vida, esta elige un día para demostrarnos qué tanto asco puede dar. Esto le pasa a todos y a cada uno de los seres humanos que habitan en este mundo, caprichosos o no, malos o buenos, simples o excéntricos: todos tienen una probada de qué tan mal pueden salir las cosas durante veinticuatro horas.

Y para mí, ese día parece que va a ser hoy.

Y me da vergüenza decir por qué...

Digamos que me han abandonado.

Mi mujer me abandonó.

Una cosa es que la llame «mi mujer» pero otra es hacer honor a la verdad y aclarar que no estuvimos casados. Yo no creo en el matrimonio (y afortunadamente, ella tampoco), pero decidió que era hora de seguir adelante por su cuenta y vivir «experiencias nuevas». Y todo justo cuando yo ya podía decir que estaba realizado en mi vida, creyendo que todo hubiera podido permanecer así cuarenta años o hasta que el cuerpo quisiera aguantar.

A todo esto se le suma una cosa que es todavía peor: creo que ella se ha conseguido a otro hombre, y no tienes idea de lo mucho que yo detestaría pensar que me dejó no precisamente porque «es hora de una nueva etapa en la vida», sino porque «es hora de probar una nueva polla en la vida». Oh, Dios.

Vamos a ver, soy un hombre de ventajas: soy policía... detective, para ser más específicos. Cualquier hijo se hace la idea, más temprano que tarde, que es conveniente tener un papá poli, y no dudo que la mujer de uno piense igual, a su modo. No voy a especificar razones, porque son obvias.

¿Y este tipo por el que me dejó? ¿Tiene ventajas? Debo admitir que sí, y para empeorar las cosas, son ventajas que me dejan más miserable, y con más ganas de hacer una locura.

Te preguntarás qué ventajas... pues te las diré.

Resulta que el cabrón tiene una apariencia fenomenal, y todo lo que eso conlleva, desde el físico hasta el porte. Me cago en su alma, me sobra mierda para sus muertos y me queda algo para Dios, porque ni yo puedo evitar culparlo y convertirme en lo que siempre he criticado. En fin, soy humano, y eso, como a todos los demás, me asegura unos cuantos genes de imbécil en mi licuadora de ADN.

Huelga decir que en el fondo, sé bien, sé muy bien, que Dios

tiene cosas más importantes que hacer que estar fijándose en un tipo que ha perdido a su mujer.

En fin, siento que he perdido seis años de mi vida, y seis años fenomenales.

Esa última afirmación, sépase, me cuesta hacerla, sobre todo porque ahora tengo ganas de estrangular a la protagonista de esos años.

Así que de ahora en más puedo dedicarme tiempo completo a hacerme estrella en «ese» deporte que todos practicamos a partir de los treinta años, cuando nos damos cuenta de que el mundo es una cagada y que no hay nada ni nadie allá arriba velando por nosotros. Ahora puedo dedicarme a ser un total infeliz.

Desde la madrugada hasta la tarde, y de la tarde hasta la noche, tomándose de la mano con la otra madrugada.

Aquí me hallo entonces, sintiéndome peor de lo que transmiten estas líneas.

Más de lo que mi habilidad para psicoanalizarme me lo permite.

Y aunque no voy a andar escribiendo que desearía morirme, a) porque estoy muy grande para ello; y b) porque me parece una tontería, lo cierto es que me siento jodido.

Parezco una parodia de John McClane en *Duro de matar 3*, cuando iba en el camión de la poli, solo que al menos él tenía a un terrorista que se interesaba por sus huesos. Eso era un indicio para sentirse querido o cuando menos importante.

Así que... ¿qué me queda?

Estar aquí, con una camiseta que resalta vagamente en la oscuridad, volviendo a acordarme después de despierto lo mucho que me chuparía un huevo que el mundo se fundiera.

Y deseando que ella, esté donde esté, supiera cuánto la detesto (no cuánto la quiero, sino cuánto la detesto, porque ya sé que el amor es irrecuperable, ella está enamorada de otro).

Que se arrepintiera y que sufriera así fuera la mitad de lo que

yo he sufrido. Que se haga miserable y que a él se lo coman los gusanos, empezando por el culo y terminando en los pulmones.

Y mientras levanto fantasías me martilla el hecho de que, a consecuencia de mi enorme y reciente dejadez, me podrían echar del trabajo. Mi casa se está volviendo un desastre porque por primera vez en mi vida no me interesa la limpieza, me siento mal anímica y físicamente, y encima sé que el mes que viene tendré deudas.

Entonces, al final, todo se resume a una cosa, una idea, una simple pregunta: ¿me voy a dejar caer o voy a seguir adelante?

Lo malo del asunto es que el largo tiempo que uno suele tomar en decidirse a contestar esa pregunta contribuye, de hecho, a dejarse caer. En estas situaciones, como muchos elementos en la vida, pareciera que las cosas juegan contra uno.

Así que debo apurarme:

¿Qué voy a hacer?

Voy a seguir.

O por lo menos, lo voy a intentar.

E intentarlo está al alcance de la mano: ahí en la mesa, el celular sonando, llaman del despacho.

Sí, voy a intentarlo.

El capitán Yorgo Leguizamo era un hombre de muy mal genio, o por lo menos era percibido como tal. Pero lo cierto es que no tenía expresamente «mal genio», la gente confunde ser un bastardo con tener mal carácter, cuando las dos cosas son, de hecho, diferentes: un hombre con mal carácter todavía puede ir al cielo, un bastardo, en cambio, hace fila para entrar al otro lugar.

Él era de esos últimos.

Lo simpático es que aquello se veía profusamente acentuado en su mantecosa cara de bulldog, con su pelo de cepillo corto y rojo y sus ojos verdes. Era, por fuera, una buena propaganda de lo que llevaba por dentro.

Y en ese entonces era un buen momento para estudiarlo porque estaba siendo exactamente eso: un bastardo.

¿Por qué? Porque en la inmensa cartelera a sus espaldas se hallaban colgadas una serie de fotos que exhibían las travesuras de la última joya de la ciudad: el Trepanador, un asesino serial.

Todavía no había sido percibido por la prensa, pero ya llevaba tres víctimas en un período de un año y tres meses, tiempo suficiente como para que el capi considerase que, a pesar de todo, podían trabajar relajadamente. Y no porque con toda seguridad habría una próxima víctima (con predilección por las de entre diecinueve y veintitrés años; al parecer no le gustaban las mujeres demasiado jóvenes, prefería las que fueran capaces

de defenderse), sino porque todavía estaban a salvo de que la prensa metiera las narices y creara un escándalo.

El Trepanador era un caso jodido, y encima está el hecho de que *El silencio de los inocentes* suele hacer creer bobadas a algunas personas, como que todos los asesinos seriales son supergenios. Y nada más alejado de la realidad: el índice de asesinos múltiples es más alto de lo que se reporta, pero esa cifra nunca levanta vuelo porque la policía consigue atraparlos tan pronto cometen el primer crimen, quedando así como asesinos casuales y no como lo que potencialmente hubiesen podido ser.

No es para menos... hoy día, y si la poli se da a la tarea de hacer bien su trabajo, es muy difícil llegar a matar a alguien y que no lo pillen a uno. Entre el ADN y los largos interrogatorios, en los que te hacen preguntas maliciosas cuya respuesta ya saben de antemano, que no tienen otro brillante objetivo más que ver si te contradices, está muy difícil que un homicida se salga con la suya, en especial uno serial.

Pero el problema era que el Trepanador era de los inteligentes, pertenecía a ese uno por ciento al que tanto miedo le tienen los investigadores, y tres cuerpos aún no eran suficientes para tener una pista clara de quién era, de dónde venía o hacia dónde se dirigía.

Y por más políticamente incorrecto que suene, la única solución era esperar a que matara otra vez y cruzar los dedos para que esta vez cometiera un error: ya sea dejar un pelo en la escena del crimen, una muestra de ADN, una fibra de su ropa o (si uno creía en milagros) marcara su huella dactilar en algún lado cerca del cuerpo, cuerpo que, por cierto, nunca era agradable de ver, ni siquiera para el forense con el estómago más versado.

Así que, de vuelta al capitán, todo lo que a él se le ocurría, así, sin devanarse mucho los sesos (y oh, Dios, qué ironía aquello, tratándose de alguien que intenta cazar a un asesino apodado el Trepanador), era poner a un detective —a otro más— en

el caso, para investigar una «pista» que salió por ahí y que tal vez condujera a algo.

Por eso es que se lo estaba dando a alguien que ya llevaba tiempo en el caso, pero que más tarde había sido retirado por problemas personales (algo así como que al pobre cabrón lo abandonó su mujer, y para hacer más divertido el chisme, por otro hombre) y que ahora estaba a punto de ser reintegrado por última vez como prueba de buena voluntad del departamento antes de que volviera a faltar y tuvieran que darle una patada por el culo.

Ese era Augusto Gaspar.

En alguna ocasión más feliz el capitán Leguizamo no habría perdido oportunidad de burlarse de un nombre tan feo y convertirlo en todo un *fad* de oficina, sin embargo, el hecho era que ese otro detective que estaba llegando por la puerta (y que tenía una cara de cabreo insólita, tal vez porque no era a él a quien habían asignado para investigar la susodicha pista, después de que para conseguirla había tenido que partirse aquello que viene después de la espalda) tenía un nombre que no solo era feo, sino encima, gracioso, Abdull Blancanieves, producto de un padre de origen afgano que había conseguido escapar a duras penas de una poderosa figura paterna que lo había criado en el seno de una familia islámica.

Abdull decidió cambiarse el apellido tan pronto consiguió el documento de residencia en la nueva tierra, y todo lo que pudo hacer fue memorizar la primera palabra que leyó en castellano cuando salía por la puerta trasera del restaurante el que trabajaba, envuelto en un delantal blanco y sangriento y con un enorme costal de costillas descarnadas en brazos, rumbo a un callejón humeante.

Sus ojos negros lo capturaron de un libro que reposaba sobre cáscaras de papa, fiambres y otros desechos húmedos de los que él no habría querido enterarse: «Blancanieves», dama que de pronto quedó enterrada bajo veinte kilos de huesos mu-

tilados, pero cuyo nombre mítico fue rescatado con cariño por una mente ingenua.

Para un hombre sencillo que venía de un lugar donde el Occidente y sus historias eran desconocidas, aquello parecía incluso elegante, de alcurnia, de gente rica, más si venía promocionado con una fuente de letra cursiva y dorada.

Así que Blancanieves se quedó, sin imaginar que, treinta y seis años después, su hijo todavía estaría maldiciendo sus cancerosos huesos por ello.

Abdull Blancanieves se hallaba ahí plantado, en la puerta de la oficina, mirando a su capitán con dos ojos oscuros que transmitían obscenidades y que no estaban dispuestos a buscar puñetera lógica en los porqués de un sabio líder que había decidido poner sobre la pista a un cornudo que estaba hecho una piltrafa y cuya mente seguramente se hallaba en el último lugar donde debía.

—Vamos, quítate de la entrada y ve a tirarle aviones con tu imaginación a otra persona.

Gaspar iba en su Chevrolet Camaro de dos puertas del año sesenta y nueve. El motor sonaba del mismo modo que sus atrofiados sentimientos.

Llevaba manejando casi una hora. No pensaba en el tráfico ni en incomodidades pequeñas, y si bien su sentido de la viveza se hallaba muerto, lo compensaba con otras partes que hoy trabajaban más de lo normal.

Conducía despacio por la calle; la ciudad se veía prisionera del mar gris y lleno de bruma, y enmarcada por una costa pesadamente industrial que la rodeaba en una línea intrínseca.

Su exnovia (qué juvenil le sonaba esa palabra a un hombre de su edad) estaba relegada a un lugar muy pequeño y frío de su cabeza (y ese era el propósito, la meta a seguir ese día: dejarla descansar ahí). Para eso estaba fuera de casa, vestido y trabajando. Su mente se hallaba en 0, amodorrada pero fresca, lista para un vibrante asalto en el interior de esa descomunal tapa de inodoro que nos alberga todos los días cuando salimos del hogar.

El cielo era un manto gris y las nubes desfiguraciones que querían tocar al suelo en tentáculos irregulares que amenazaban con su furiosa lluvia. Hacía frío, además, pero él no lo sentía, su mente estaba demasiado ocupada incluso para eso.

La pantalla de su celular reflejaba el mensaje de texto de Leguizamo con la dirección del lugar donde se ubicaba la pista.

Gaspar le echaba un ojo constantemente porque era la pri-

mera vez en su vida que se enteraba de ese sitio. La ciudad era grande, lo suficiente como para asegurarse que pasar una considerable porción de vida residiendo en su estómago no garantizara conocerla toda. Su terrible rostro barroco y parisino también suele advertirle a uno que hay cosas raras por ahí, y que es mejor tener cuidado.

Y entre divagaciones al fin llegaba a su destino: un vecindario de clase media baja que se ubicaba en el extremo oeste. Poseía una vista privilegiada al abundante, oscuro y caótico nubarrón de picos de acero y concreto erigidos allá, en la ciudad.

Gaspar vio con desagrado que el vecindario era un lugar grasiento y abandonado. Parecía un vertedero despejado para poner, a duras penas, viviendas aquí y allá, erigidas con maderos manchados y corredores oscuros entre una construcción y otra, automóviles viejos durmiendo sobre los despoblados jardines de las entradas, y pedazos de hierro largos que alguna vez debieron ser parte de algo y que ahora aplastaban el barro.

Su coche pasaba lentamente a través de la penumbra en la larga callejuela principal. A juzgar por el ruido que hacían sus neumáticos, sospechaba que había largos tramos de calle que no estaban asfaltados. El flemático ruido del motor era lo único familiar dentro de su oscura cabina, lugar desde el que todo se opacaba más conforme continuaba su avance.

La lluvia se precipitaba con fuerza tal que su limpiaparabrisas y el faro alto fueron las únicas advertencias que le brindaron la cortesía de no chocar contra un maltrecho autobús escolar que se hallaba estacionado de medio lado en la avenida.

Gaspar colocó el mentón a la altura del volante y miró hacia arriba. Las veces que el brazo de plástico quitaba el agua del parabrisas y le permitía ver algo fueron suficientes para darse cuenta de que un muchachito pálido, sentado allá arriba, dentro del vehículo, tenía una mano formando un círculo entre el pulgar y el índice y con el anular erecto de la otra lo penetraba constantemente.

Echó reversa y rodeó el autobús. Miró de vuelta a su celular. La casa que estaba buscando debía ser la última. Después de ella, se hallaba un muñón de vegetación lacia y vulgar, y acto seguido una caída que llevaba directo al mar.

En solitario, y con la desasosegada lluvia golpeando sus vidrios, Gaspar se hallaba solo en un lugar donde la soledad no deja lugar al relax, sino que de mala manera invita a la imaginación. Su Chevrolet no se desplazaba, sino que reptaba despacio, empujando la neblina.

Llegó al lugar que estaba buscando. La casa emergió entre la niebla como una sombra.

Era alta, colonial. La ventana que se hallaba justo debajo del techado, como una pequeña boca ingenua, mostraba oscuridad.

Dio una última mirada de resignación al cielo, antes de estacionar, abrir la puerta y escapar rumbo a la entrada, que al menos ofrecía un modesto techito con goteras.

A partir de este punto, las cosas —pensaría después— pasaron tan rápido que ni siquiera echó la acostumbrada mirada hacia atrás, la típica «mirada de policía».

Gaspar era prevenido por naturaleza, prevenido como policía sazonado que sabe lo mal que la puede pasar uno si se descuida durante un allanamiento. (Aunque esto no era allanamiento porque, *técnicamente* —la palabra preferida de su capitán— el domicilio estaba deshabitado).

Tomó una bocanada de aire, exhaló vapor blanco. Miró hacia arriba, la puerta parecía no estar bien encajada sobre sus soportes, lo que hacía que irrumpir dentro fuera algo fácil.

Volvió a consultar su celular, la pantalla le indicaba exactamente lo mismo que esta mañana, lo que ahora le hacía pensar que, al final, la pista no era otra cosa que un disparo en la oscuridad: entrar, revisar el lugar y simplemente ver si había algo lo suficientemente interesante para mandar un escuadrón de técnicos armados con químicos que puedan detectar si alguna vez hubo sangre en las paredes y sacar con pinza quirúrgica una prueba.

Así que mientras más llovía, y más el pequeño y solitario vecindario se convertía en un pantano, y más la casa crujía y olía peor gracias al agua que avivaba el moho, más se convencía Gaspar de que ahí dentro no podía haber nadie.

Empujó la madera y se ayudó con el pie, un tronar de muela y un crujido grimoso fueron su saludo de bienvenida. Ya estaba oficialmente dentro.

El vaho venenoso propio de un lugar que ha permanecido cerrado demasiado tiempo lo intoxicó y lo obligó a toser. Pestañeó varias veces, le costó mirar al frente.

La sala era enorme y oscura, a la derecha y a la izquierda había dos enormes estantes que se alargaban hasta la pared del fondo, llenos en toda la extensión de sus numerosas repisas con muñecas desnudas dispuestas una al lado de la otra.

Algunas tenían sus propias cabezas de tela cercenadas entre sus piernas; otras parecían observarlo con sonrisas hipócritas cosidas con punto cruz y miradas enfermas de botones arrancados o descosidos que colgaban en sus regazos.

No supo realmente por qué, pero esa visión le impulsó a sacar la pistola y mantenerla en la mano izquierda.

Las muñecas lo observaban desde ambos lados, como si fuese un desfile de modas bizarro, tanto por el asqueroso público mutilado como por el modelo, que las veía en silencio.

Entonces su rodilla tembló y un corrientazo de susto que se originó en el pie acabó en su cabeza en menos de un segundo. Se echó a un lado rápidamente. Observó hacia abajo y pisoteó suavemente. Levantó polvo alrededor de sus zapatos. Estaba pisando una puerta en el suelo, quizá un sótano, la madera temblaba mucho, y por el ruido que hacía, sabía que era bastante profunda.

Volvió la vista al frente, su mentón acariciaba su pecho y sus ojos miraban al frente.

Estaba observando esa estrecha entrada sin puerta que estaba ahí, a varios pasos frente a él, donde los estantes de muñecas

terminaban. Había una negrura tan fuerte que era de esas que parecen verlo a uno de vuelta, y todo lo que la poca luz tras él le permitía ver, era que «tal vez» adentro había una cocina.

Lo peor de ser policía y tener que investigar una casa donde a uno no lo han invitado es tener que pasar por el marco de una puerta donde no hay una pared cerrando el paso, sino un corredor a ambas partes... es como una ruleta rusa: no sabes de qué lado te está esperando el tipo.

Dio un paso más al frente, el marco se le hizo más grande, todavía no era suficiente distancia como para escrutar qué había ahí.

El temor sostenido acabó, pero no de manera piadosa: fue reemplazado por algo que venía de varios escalones más arriba. Sintió un sustazo momentáneo, de esos que baten el corazón.

Algo tropezó dentro de la cocina y se llevó consigo varias ollas y cacerolas que chocaron violentamente contra las paredes.

Gaspar dio un paso hacia atrás esperando que saliera un cuerpo sin forma, desfigurado por la rapidez, tratando de alcanzarlo. Apuntó al frente.

—Policía Federal, por favor, tenga la amabilidad de...

—¡¡Púdrete bastardo joputa, cabrón maldito!!

La palabra «maldito» se prolongó por varios segundos hasta convertirse en un aullido sobrenatural.

Gaspar pestañeó y se frotó el oído derecho.

Lo malo de tener que vérselas con alguien que estaba drogado es que podía pasar cualquier cosa, quien conozca a los drogadictos sabe que ellos se especializan en algo: ser imprevisibles.

Gaspar iba a dar una orden pero esta se quedó atragantada con las advertencias que empezaron a chillar desde dentro de su cabeza, porque cuando le dieron un golpe sobre la nuca, lo único que alcanzó a ver mientras caía al suelo fue una silueta enfermiza de cabellos largos que estaba de pie mirándolo.